

HUMANIDADES

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LÍRICA MEXICANA (*)

Hace menos de medio siglo que se inició en la poesía mexicana una corriente de renovación. La seriedad de aquel movimiento es algo indiscutible, por cuanto no se limitó a reaccionar contra lo tradicional y preestablecido, sino que dejó de un golpe la puerta franca a la evolución lírica, descubrió orientaciones no sospechadas y fundó lo que aún dura en el sentido de un

(*) Conferencia leída en el aula mayor de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación el 27 de mayo de 1922. El decano de la Facultad, doctor Ricardo Levene, presentó al doctor González Martínez, con las siguientes palabras :

« Presento a la juventud idealista y estudiosa de La Plata, al gran poeta de América : Enrique González Martínez.

« Ocupa nuestra cátedra a pedido de la Facultad y la prestigia con su armoniosa palabra hablando de la lírica de su patria y diciendo sus poemas de lucha, de esperanza, de justicia, de amor.

« Pertenece al grupo de los « dioses mayores » de la poesía mexicana, con Gutiérrez Nájera, Manuel José Othon, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Luis Urbina, y es exponente representativo de la brillante falange intelectual de México, en que laboran por su cultura, filósofos, historiadores, poetas y maestros, como Antonio Caso, entre otros, su ilustre compatriota, ahora rector de la Universidad, a quien, profesores y alumnos, recordamos con simpatía y conservamos sin menoscabo la emoción de su clase magistral.

« González Martínez es eminente poeta no sólo porque canta en estrofas sonoras con ritmo musical, y deleita el cadencioso son de sus versos majestuosos y rotundos. Es eminente poeta porque vuelca la extensión más vasta posible de verdad humana en la más pura armonía; porque infunde a su verso una potente fuerza de sinceridad; porque siente, piensa y vibra

concepto artístico más actual, más cercano a las inquietudes del momento.

Hay motivos para preguntar si teníamos antes una lírica en México. Nos ufanábamos de nuestro abolengo literario; habíamos

como los artistas elegidos en cuyo corazón inciden el pensamiento, la inquietud, el dolor de sus contemporáneos.

« De sus anhelos, de su amor por todos y por todo, de su panteísta universalidad de seres vivientes, mucho sugieren sus poemas *Busca en todas las cosas un alma y un sentido oculto...*, *Irás sobre la vida de las cosas con noble lentitud*, *Ánima trémula* y *Cuando sepas hallar una sonrisa... en todos los hombres y en todas las cosas*

Como el Santo de Asís, dirás hermano
al árbol, al celaje y a la fiera.

« De su vasta doctrina estética, de su concepto del arte, todo lo dice el soneto de *Los senderos ocultos* :

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje
Que da su nota blanca al azul de la fuente;
.
Huye de toda forma y de todo lenguaje
Que no vayan acordes con el ritmo latente
De la vida profunda...
.
Mira el sapiente buho
.
Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
Pupila que se clava en la sombra, interpreta
El misterioso libro del silencio nocturno.

« González Martínez es el poeta de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño, que, como Hugo Foscoli, *Sdeгна il verso que suona e que non crea*.

« Señores : Proseguimos la labor iniciada en 1920 organizando sobre nuevas bases científicas, filosóficas y técnicas la formación del profesorado secundario e impulsando la obra de extensión universitaria, de irradiación de la cultura general e integral para todos los alumnos de la Universidad y el público.

« Figuramos en carácter de obreros de un programa colectivo de trabajo en favor del renacimiento idealista que despierta en el mundo, estimando premioso el mandato de abrir en las almas las fuentes de la vida espiritual.

« Contra el postulado hedonístico que enseña a realizar el mínimo esfuerzo en miras de un máximo provecho, continuamos enseñando con el virtuoso Ruskin : « Siempre que oigáis a un hombre que pretende disuadir de obrar bien, fundado en el principio de la perfección, es utopía, desconfiad de ese hombre. »

« Señor González Martínez : Con vuestra presencia honráis esta cátedra. He dicho. »

mos dado al gran teatro español de los siglos de oro un representante ilustre, don Juan Ruiz de Alarcón, con derecho a codearse con Lope, con Tirso, con cualquiera de los más grandes prestigios de la escena española; nuestra Universidad tenía un glorioso pasado de sabios profesores, de teólogos y humanistas; poseíamos una tradición de cultura que se mantenía a flote en el mar tempestuoso de los sacudimientos políticos; pero nuestra poesía lírica, con ser abundante, era mezquina por la calidad y por el aliento.

En el último tercio del siglo xvii pudimos apuntar un alto nombre, el de sor Juana Inés de la Cruz, la insigne monja que pareció recoger el postrer soplo de las centurias de oro, y que fué, acaso, en lengua castellana, el mejor poeta de su tiempo. Culta y sabia, apasionada y mística, conceptista a veces, en ocasiones reflejando la sutileza verbal y el arte complicado y sonoro de don Luis de Góngora, rebuscada y retórica por momentos, recargada aquí y allá con cierta erudición inoportuna, no tuvo en México antecesores de su fuste ni dejó ningún émulo; y es ya lugar común asegurar que desde ella hasta Manuel Gutiérrez Nájera, México no puede enorgullecerse con el nombre de un gran poeta.

Menguado en sus escasas cualidades y abultado en sus graves defectos, el siglo xviii español se refleja en nuestra poesía con todas sus características de un arte decadente. Los poetas mexicanos, atiborrados de humanismo falso, sabios de latín y de lecturas clásicas, pero incomprensivos de su propio clasicismo, no atinan con una estrofa honda y humana. Todo en ellos es reminiscencia y ajuste servil a las normas de la técnica al uso, y ni en Abad, ni en Alegre, versificadores en la lengua de Horacio, existe una seria contribución a la poesía de su tiempo. Dejando aparte nombres discutibles aun para aquellos años, nada queda tampoco de la ingenuidad incolora y desmañada de Navarrete, poeta de tercer orden, Meléndez empequeñecido, falto de nervio, en quien el amor y la tristeza están a flor de piel, que se pierde en prolijas descripciones sin vida y juega a lo pastoril con el «cordero de Anarda». Se ha discutido si aquel hombre, que parece no haberse asomado al mundo sino por la estrecha ventana de su celda y que nunca clavó sus ojos

en su reino interior, supo algo del amor humano. No sé; pero no lo delatan sus juguetes amorosos, anémicos, ayunos de pasión y cuya lectura es hoy apenas soportable. ¡Qué contraste con las estrofas de sor Juana, quemantes de fiebre pasional, mal sujeta por su estado monjil y por su pureza nativa, y que llevó al claustro una vida santa y noble, pero no ignorante de las crisis morales y de las inquietudes del mundo!

En el siglo XIX se inicia una leve reacción favorable. Pero los llamados salmistas, como Pesado y Carpio, no logran hacer otra cosa que transcripciones bíblicas más o menos bien versificadas. Nuestros románticos, Calderón, Rodríguez Galván, mejor dotados sin duda alguna, se gastan, bajo la influencia tardía del romanticismo español que culminaba en Espronceda, el duque de Rivas, García Gutiérrez y Zorrilla, en orientaciones falsas, en temas exóticos mal digeridos, y afean su obra con incorrecciones tan visibles, que es difícil seleccionar de sus poemas lo que en justicia pertenece al arte para dejar a un lado lo que no fué sino derroche lamentable de naturales aptitudes.

Los hombres de la reforma, Prieto, Ramírez, Altamirano, se prodigan en todos los campos y en todos dejan la huella de su ingenio de poetas y de su fuerza de hombres de acción. Pero Ramírez, que, guardando las distancias, se parecía a Voltaire (aun en su tendencia demoledora que encubría un espíritu tradicional y clásico en materia de arte), deja unos cuantos poemas de forma impecable, severos y conceptuosos, escépticos y fríos, y sólo de tarde en tarde, como el soneto *Al amor*, deja asomar su alma conturbada por una pasión tardía, aunque siempre velada con la alegoría mitológica. A Prieto, alma del pueblo, folklorista sin propósito erudito, fácil y abundoso romancero, le falta el gusto y carece de la proporción y armonía del verdadero artista. Altamirano, el más poeta de los tres, atina con paisajes cálidamente sentidos, tiene toques de pasión criolla y deja algunos versos de belleza innegable; pero no llega a gran poeta y se contenta con ser un estimulador de espíritus, un despertador de cultura, un abanderado de la juventud, que acata su magisterio seducida por la magia de aquel indio agitador, a la vez político, periodista, bardo y tribuno.

Nuestro segundo romanticismo, que pudo parecer en un ins-

tante la aurora de un renacimiento poético, se anunció mejor; pero tampoco dió frutos sazonados. Antonio Plaza vocifera contra la sociedad y seduce a la bohemia inconforme y a la mediocridad de los fracasados en todos los órdenes de la vida; mas nunca escribe un solo verso noble. Vomita su mentirosa rebeldía de incomprendido en forma canallesca y en sonora vulgaridad. Nada vive de él, casi ni su nombre. Acuña, más culto, mucho más inteligente y hasta más artista, aunque no lo haya sido en grado heroico, poeta de natural vocación, no pudo sobreponerse a su medio ni a su época. Filosofó en poemas impregnados de un pesimismo amargo y de un materialismo un poco ingenuo, selló su mal de Werther, que tomaba a las veces el aspecto de una pose literaria, con la sinceridad de un suicidio que aumentó su reputación. Sus veinticuatro años no le dieron tiempo a crear lo que tal vez había derecho a esperar de su numen en la madurez de la vida. Flores, apasionado y erótico, se mantiene invariablemente en una actitud que a la larga es fatigosa. Aquel grito sexual, aquel beso eterno que vibra y que estalla en una prosodia balbuciente y en un léxico pobre, es de fuego, pero se parece demasiado al gemido de la bestia en celo, sin que lo ennoblezca la forma, ni la novedad lo consagre. Tiene bellos poemas henchidos de pasión; pero es difícil leerlo de seguida sin pedirle a gritos un poco de espiritualidad.

Con los segundos románticos apareció un artista como la manifestación rara y esporádica de un gusto irreprochable y de una desusada pureza. Se llamaba Agustín F. Cuenca. Faltóle algo para llegar a las excelsitudes de la lírica: sus alas no eran lo bastante vigorosas para alcanzar cimas de vértigo; pero su arte era de buena ley, y esto lo distingue con marca inconfundible de todos aquellos que hacían de la fecundidad y de la improvisación los únicos objetos de su culto. Familiarizado con los primeros románticos franceses, admirador de Musset, a quien tradujo con encantadora discreción, espíritu fino y aristocrático, dueño de un verso puro y de una estrofa trabajada y limpia, Cuenca realizó una obra que parece de hoy por la elegancia y la distinción naturales y por la emoción contenida y sobria. Le faltó vigor, ya lo dije, y no ejerció influencia; y si no hay fundamento para suponer que hayan sonado sus estrofas en el alma

de algunos poetas que habían de ser más tarde orgullo de la lírica mexicana, sí lo hay para creer que su obra breve quedará como muestra de pudor artístico y como ejemplo de aislamiento fecundo.

Cuando se acallaban las voces de los últimos románticos, cuando Justo Sierra, el maestro inolvidable de tres generaciones, poeta él mismo cuyo caudal de inspiración no pudo encerrar nunca en forma definitiva, poeta en su vida y en su prosa, que es la más viril, la más noble y la más estimulante de mi patria y la que lleva adentro más fe en el porvenir y más aguda visión de nuestro pasado, apareció el grupo máximo formado por tres insignes poetas: Salvador Díaz Mirón, Manuel Othón y Manuel Gutiérrez Nájera. Los menciono según el orden de su nacimiento, aunque los tres pertenezcan, con diferencia de pocos años, a la misma década de su siglo. Han muerto los dos últimos; vive el primero, anciano y sumido en un silencio orgulloso, agobiado quizá por los años y por los infortunios de una vida rebotante de leyendas, cultivando acaso, a hurto de la popularidad bullanguera y oculto en su retiro voluntario, un verde laurel póstumo. Los tres tienen derecho al juicio de las obras acabadas, pues la relativa juventud de Othón y de Gutiérrez Nájera al morir, no les impidió dejar una rica cosecha de arte, y Díaz Mirón, con su labor breve y perfecta, no habría sido jamás el fabricante de libros que espera, a fuerza de fecundidad informe, desconcertar a las masas atónitas.

Difícilmente pueden hallarse tres grandes poetas coetáneos con tendencias más disímiles. Othón venía del clasicismo, sin inquietudes por las formas nuevas, sin complicaciones espirituales, sin refinamientos morbosos. Buscaba la perfección; pero dentro de lo tradicional y consagrado. Le bastaba el soneto puro y ajustado a las reglas, el terceto dantesco, la silva itálica que habían cultivado sus maestros de España; y sus audacias consistieron en el empleo de algunos metros gallardos, sin ofender su lengua, de que se mostraba muy celeso, sin contravenir leyes de rima o de ritmo que él consideraba inviolables. En su comprensión del paisaje, que abandona en él las características de la anotación detallista y fotográfica, entraban la interpretación subjetiva y el elemento emocional. El alma del poeta esta-

ba presente en aquella poesía un poco bucólica, sin el bucolismo falso y artificioso de sus predecesores, y el alma del poeta era noble y majestuosa, impregnada de una religiosidad trémula, grave y solemne sin oratoria, pura y limpia sin frialdad, armoniosa sin amaneramientos, refrenada, pero con el grito humano dispuesto a estallar al primer instante. En realidad, él encarnaba la tradición clásica de los humanistas que le habían precedido; pero aportaba, como elementos nuevos y constantes, la dignidad y la emoción. Acaso de los tres poetas que menciono, Othón es el que menos sorprende y menos sacude; pero es también el que mejor se mantiene sin descender en caídas lamentables. Su influencia, por más que sospechemos reminiscencias suyas en poetas como Pagaza y Montes de Oca, no fué muy visible. Su arte no era innovador, y sólo pareció haber recogido las excelencias que sus predecesores acumularon fragmentariamente y escondieron en el acervo de sus imperfecciones. Arte sincero el suyo, reflejo real de su alma levantada y solemne, Othón esconde su vida en sus estrofas. Su pudor en este terreno es impenetrable. Y, sin embargo, era el tiempo del lirismo autobiográfico, mala herencia de nuestro romanticismo, el tiempo en que Juan de Dios Peza cantaba sus tragedias de hogar y sus intimidades domésticas en versos musicales que corrieron al través de América y de España y que por muchos años fueron la representación única de la lírica mexicana. Hoy quedan unas cuantas estrofas de aquel cantor burgués que tuvo a ratos numen, no muy alto, pero numen al fin; mientras que la obra de Othón recibe la consagración de la poesía pura.

Escuchad un poema de Othón. En el primer soneto es visible el deseo de guardar la actitud pudorosa de que he hablado, y es sólo recurso literario achacar a un amigo un drama pasional que él vivió, íntima y dolorosamente:

EN EL DESIERTO

(Idilio salvaje)

A fuerza de pensar en tus historias
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿ He interpretado tu pasión ? Lo ignoro ;
que me apropio al narrar, algunas veces,
el goce extraño y el ajeno lloro.

Solo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueses.

I

¿ Por qué a mi anhelada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris ?... Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprío manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje : inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba ;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloque gigante que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva ;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas,
como clavos que se hundén lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante grisa que asesina,
yergues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opresso,
canta cual una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;
y, destacada contra el sol muriente,
como un airón flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanura amarguísima y salobre,
enjuta cuenca del oceano muerto
y, en la gris lontananza como puerto,
el peñascal desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡ Qué enferma y dolorida lontananza !
¡ Qué inexorable y hosca la llanura !
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo, el sol ya muerto ;
y en nuestros desgarrados corazones,
el desierto, el desierto... y el desierto !

VI

¡ Es mi adiós !... Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿ qué me espera ?...
(ya apenas veo tu arrastrante falda)
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruído
mi corazón y todo en él expira.

¡ Mal hayan el recuerdo y el olvido !

Aún te columbro, y ya olvidé tu frente ;
sólo ¡ ay ! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡ qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas !
¡ A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso !

¡ Pasó !... ¿ Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio ? En tí ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡ qué hondo y tremendo cataclismo !
¡ Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo !

Díaz Mirón surgió con la actitud pomposa y valiente que ha repudiado después no siempre con justificados motivos. Tenía la voz magnífica, el ademán orgulloso, el verso sonoro, la metáfora presta y la estrofa atrevida y gallarda. Venía de Hugo y venía de Byron; pero con su estruendo americano muy peculiar, un poco en pugna con el tono matizado y crepuscular que hoy parece distinguirse en la poesía de México. Con su *Canto a Byron*, con su *Oda a Víctor Hugo* y con sus cuartetos *A Gloria*, conquistó, sin pretenderla, una popularidad que traspasó los límites de su patria. Algo de su pompa verbal, mucho de su altisonancia épica suenan todavía en poetas mayores del Continente. Un día, se arranca bruscamente el penacho, acalla el tono de la epopeya y la elocuencia civil, para crear un arte nuevo, cercano al parnasianismo por su ansia de perfección, pero muy lejos de su frialdad sistemática y muy diverso en cuanto a procedimientos expresivos. Es el tiempo de *Lascas*. Ninguna renovación más formidable y completa en la obra de un escritor. Los que sentían dentro de sí mismos estereotipada la imagen del Díaz Mirón primitivo, se vieron desconcertados. El libro era inaccesible al vulgo, y no se imponía fácilmente a los

que, sin ser vulgo, no estaban muy seguros en las normas de un arte excepcional y aristocrático. La estrofa era de una perfección rara; el odio al lugar común y a la palabrería insubstantial traía una concentración a veces obscura; la innovación métrica, sin salirse de las pautas clásicas, se caracterizaba por una variedad infinita en que parecían desempolvarse ritmos abandonados, que una mano sabia se encargaba de ennoblecer y dignificar. Un léxico rico, una connotación precisa de los vocablos, un arte maravilloso para acuñar el verso, un acierto para las fórmulas verbales que parecía hallazgo milagroso, una construcción perfecta como de oríndice estupendo. En el fondo, retórica, pero retórica suprema puesta al servicio de una poesía levantada, sublime a ratos, honda y emocional. Aquel arte personalísimo y vedado a los imitadores, mantuvo aislada la figura del poeta, y puede explicarse por qué Díaz Mirón, más grande en *Lascaas* que en sus primeros poemas, ganó en valor artístico y perdió en influencia. Del canto *A Byron*, de las estrofas *A Gloria*, hubo y quedan todavía reflejos en la poesía americana; al poeta de *Lascaas* sólo se acerca la admiración de los fervorosos y el respeto de los que saben dejar al genio en su cumbre inaccesible.

Oíd dos poemas en que están visibles y en contraste las dos maneras de su poesía :

A GLORIA

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira al suelo :
No viendo más que sombra en mi camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario obscuro,
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro.

A través de este vórtice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro !

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo :
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo !

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
« El ave canta aunque la rama cruja
Como que sabe lo que son sus alas ! »

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí : la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria !

¡ Deja que me persigan los abyectos !
¡ Quiero atraer la envidia aunque me abrume !
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume !

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella ;
Es la sibila de palabra de oro ;
La sombra que hace resaltar la estrella !

¡ Alumbrar es arder ! ¡ Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma !
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma !

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan... ¡ Mi plumaje es de esos !

Fuerza es que sufra mi pasión ! La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el naufragio del alma :
Vivo se hunde ; pero muerto, flota !

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente : bulle!
Y al lirio de la margen : embalsama!
¡ Confórmate, mujer! Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate!

EL FANTASMA

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos — que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos — que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y brillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra; —
y un relámpago enciende mi alma negra.

Cuando apareció el volumen de *Lascas*, ya Gutiérrez Nájera había muerto. Con haber sido mucha su fama en los últimos años de su vida, su reputación póstuma fué mayor. Mientras los diarios y las revistas de México se disputaban sus poemas y sus prosas, el poeta oyó, entre los aplausos, las voces de protesta de los que nada sienten fuera de lo añejo y tradicional. Se le tachaba de afrancesado, y como su espíritu era blando para recibir la impresión de las últimas lecturas, se le llamaba imita-

dor sin originalidad, y como rompía los moldes de la métrica al uso, sin extravagancia, pero con firmeza consciente, se le trataba de peligroso innovador. En verdad su arte delataba influencias francesas; al través de Hugo, Vigny, Lamartine y Musset, recordaba a Banville, a Gautier y a Baudelaire. No llegó a Verlaine porque en aquel entonces el poeta de *Sagesse* no privaba entre los lectores americanos; pero no sé qué había de Verlaine en aquellos tintes melancólicos y en aquella poesía íntima de nuestro gran poeta, sin la angustia carnal desenfadada y sin el ansia del dolor contrito, sin aquella fusión de sátiro y creyente que peca y ora, pero con el mismo sentido instintivo y profundo de la vida y la misma sinceridad de la emoción.

A la muerte de Gutiérrez Nájera, las alabanzas fueron unánimes. La consagración de su poesía fué completa, y la renovación de las tendencias líricas mexicanas, absoluta. Solamente Darío, más tarde, cuando ya los espíritus se hallaban dispuestos al abandono del cliché inexpressivo y rancio, ejerció una influencia más amplia y profunda. Pero dentro del grupo precursor formado por Martí y por Julián del Casal, en Cuba, por Silva, en Colombia, y por el duque Job, en México, no hay duda de que éste último hizo sentir con más hondura y más perseverancia el soplo alentador de la poesía nueva.

Cabe ahora preguntar qué trajo a la poesía americana el alma pura y exquisita de Manuel Gutiérrez Nájera, cuál fué el impulso desconocido que él despertó, qué melodías no escuchadas vibraron en sus versos, qué secretos de emoción descubrió, qué regiones ignoradas recorrió en sus viajes espirituales, y por qué lo llaman maestro los que cantan después de él.

En la poesía subjetiva, ya cultivada de preferencia por nuestros románticos, Gutiérrez Nájera introdujo el elemento prócer de la distinción. Lo que en sus antecesores fué desnudez autobiográfica y confesión impudente, en él fué confidencia íntima y velada sugerencia. Por vez primera sonaba a nuestro, el ajeno dolor, por vez primera se desvanecían las líneas concretas del suceso diario para temblar con la angustia universal y humana, por primera vez se establecía entre el lector y el poeta esa colaboración que sólo se despierta en las verdaderas obras de poesía trascendental. Luego, aquella estridencia del viejo lloro

romántico, cedía el paso a la queja en sordina, al llanto refrenado, al suspiro recóndito que apenas se oye en el sagrado recinto del silencio.

Aquella poesía trajo también el verso suave, de ondulaciones sabias, sin la almidonada tiesura del academismo; trajo la palabra melodiosa, hábilmente armonizada, no siempre castiza, pero siempre oportuna y rebosante de gallardía; trajo el matiz y lo introdujo donde sólo había colores primarios; y difumó el contorno donde solamente había líneas precisas. Dió redondez a la estrofa rectilínea y angulosa, y proveyó de resonancia parabólica al poema. Acabó con el énfasis e inauguró el reinado de la sencillez que encubre la gestación de procedimiento, y disimuló la elegancia rebuscada con la discreción y con la fineza. Hoy que, después de Darío y al través de la audacia de los nuevos, el versilibrismo es una conquista y la expresión se liberta de limitaciones vetustas, las estrofas de Gutiérrez Nájera, con sonar bellamente en los oídos, ni nos sorprenden ni nos desconciertan; pero pensemos en lo que había antes de él, en el gran crimen que era romper con los moldes estrechos de la intransigencia retórica, y convengamos en que aquel reformador que nunca adoptó actitudes de apóstol ni de legislador ha de haber provocado más de una inquietud entre los poetas de su tiempo.

Además, Gutiérrez Nájera poseía el dón supremo de la gracia. Gracia un poco a lo Banville, forjada con destreza suma y con pericia sorprendente, a veces frívola, trascendental en ocasiones, siempre alada y misteriosa, siempre dominadora y fascinante. Aun en los poemas de mayor hondura, aun en los versos más dolorosos, este dón de la gracia aparece como distinción personal en la riqueza sobria del conjunto. En ella está igualmente el secreto de su prosa, hecha al parecer con desenfado, sin petulancias de academia, sin miedo de neologismos, sin temor de aparecer afrancesada. Inauguró en México ese género amable en que Gómez Carrillo es rey, en que sobresale el talento de Ventura García Calderón, en que dejó su huella inconfundible el gran poeta de *Cantos de vida y de esperanza*. Todavía se siente la influencia de este elegante y maravilloso *croniqueur* en el periodismo de México, todavía en los cronistas mexicanos vive el soplo alado del duque Job. Tal vez la marca fué dema-

siado honda, y acaso la ligera facilidad del maestro se traduce con exceso en frivolidad efímera; pero él inició en México la palabra colorida y dió realce al suceso cotidiano con el arte insigne del prosador alerta.

Pocos temperamentos literarios tan definidos como el suyo; pocas consagraciones tan generosas y desinteresadas como la del duque Job a esa labor de todos los días, que nunca revistió en él ropajes de tedio ni desfallecimientos de oficio. Se comprende el peligro de una labor así, apresurada y copiosa, exigida por las necesidades del momento, apremiada por la vulgaridad intransigente de los editores filisteos y por la avidez insaciable del público devorador de folletines. Sólo un espíritu excepcional pudo esquivar la mediocridad y salvar la obra del fracaso; y es curioso y revelador que aquellas páginas escritas al día, entre las charlas de la redacción o sobre las mesas del café bohemio, vivan aún y se lean con deleite cuando se ha perdido el recuerdo de los hombres y de las cosas que las motivaron.

Hay algo más raro en este artista selecto. Al margen de aquel trabajo fatigante, su poesía iba cobrando tonos de perfección. La gracia ligera fué trocándose en gravedad profunda, el preciosismo y la virtuosidad cedían el paso a la expresión pura, y un día Gutiérrez Nájera, como Chénier, nos da poemas de un clasicismo trémulo y humano, vasos del más fino cristal henchidos del más precioso aroma. Las *Odas breves* son la más bella muestra de su poesía, la muestra de lo que habría realizado si su vida no se hubiera truncado a los treinta y seis años.

Pienso, como Gide, que la influencia de los grandes escritores sólo es nociva para los infecundos. Posiblemente induce a la imitación en las almas juveniles; pero el espíritu que lleva dentro de sí un ansia creadora, salta de aquella posición marginal y desprende de las ajenas inquietudes su propio ideal y su propio temblor. Distingamos. Hay dos clases de influencia: la verbal, que es la del procedimiento literario, y la espiritual, que es la de la orientación estética, a la vez vaga, confortadora y estimulante. De Darío, el poeta más influyente en los últimos años de las letras castellanas, parten visiblemente las dos direcciones. La primera produjo el grupo de los modernistas a la moda de un instante, de los rubendarianos simiescos, de los *snoobs* de

un léxico flamante que en sus manos ineptas se transformaba en galimatías, de los preciosistas incapaces de entender el mensaje de que era portador el poeta de *Prosas profanas*, de los que fatigaron a los lectores con el ave de Leda sin darse cuenta de que sólo el maestro era digno de apacentar vuelos de cisnes. La segunda fué la que despertó el gusto por la palabra virgen del balbuceo primitivo, el culto a la metáfora rica, al epíteto inesperado y sugerente, el amor por los ritmos nuevos o rejuvenecidos, por el verso decorativo y suntuoso, por el fonetismo sensual, por la melodía sabia y por el metro inusitado; la que repudió el sonsonete martilleante fuera del cual la vieja retórica no hallaba salvación; la que libertó la forma y preparó el camino para todas las audacias legítimas; la que introdujo la aristocracia donde reinaba el lugar común; la que se prolongó como un eco que venía igualmente de la música maravillosa de *Prosas profanas* como de la sabiduría llena de sentido recóndito de los *Cantos de vida y de esperanza*. Los primeros, los secuaces verbalistas, han muerto para bien de la poesía contemporánea, porque no entendieron el espíritu del reformador, porque dieron motivo para escarnecer una revolución salvadora que iba por vez primera de América hacia España y que dura todavía aún en los que parecen combatirla. Los segundos viven sobre el terreno conquistado y se mueven gloriosamente dentro de la adquisición más durable e íntegra desde los tiempos de Boscan y Garcilaso y después de la de Góngora, que acierta a arrancar el arte de las manos torpes para colocarla en manos de los predestinados.

La influencia de Gutiérrez Nájera fué de esta última clase; por eso su canto no dejó imitaciones serviles ni copias caricaturescas. Si hay leves reminiscencias suyas en la prosa de nuestros cronistas, ningún poeta mexicano lo siguió de modo que su manera sea perceptible. Pero en cada personalidad de nuestra lírica moderna alienta el soplo del precursor, más bien dicho, no se concibe ninguna obra, después de la suya, sin tomar en cuenta aquella noble liberación. La pompa oratoria, tan amada de nuestros poetas civiles, murió por él; por él cayó en desuso la retórica hueca, por él se inyectó dentro de la savia potente de la lírica de España, el matiz delicado de la poesía francesa.

No formó escuela; si la hubiera formado, habría sido menos grande. Dejó líneas de orientación general, rumbos amplios e imprecisos, motivos vagos, y enseñó distinción y nobleza a los artistas.

Se le tachaba de afrancesado. Verdad, amó a Francia como la amó Darío, con esa ansia humana que rechaza el regionalismo estrecho, cada vez más inexplicable dentro del cosmopolitismo actual que hace imposible el antiguo aislamiento de la cultura; pero no pensó ni sintió en francés. Conservó su estirpe española y su alma americana desde el momento en que supo ser artista personal e inconfundible. Él mismo lo decía: paseaba de bracero con sus amados poetas de Lutecia y se embriagaba con vino francés; pero cuidaba de confesarse al día siguiente con el maestro fray Luis de León. Oíd dos poemas suyos:

PARAD EL VUELO

Parad el vuelo, taciturnas horas,
Raudos venid, ¡oh goces no sentidos!
¡Aun el falerno tiñe de escarlata
El cristal de las copas! Aun sostengo
la jonia lira de brillante plata,
Y de la esquiva juventud ingrata
La voladora túnica detengo!

Deshojemos los lirios. Todavía
El cántico epitalámico resuena,
Escancia Ganimedes ambrosía
Y Cintia con sus brazos me encadena;
Los párpados no entorna soñoliento
El ávido placer; fragantes rosas
Alfombran el marmóreo pavimento,
Y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios. Y mañana
Cuando llegue el invierno entumecido,
En sus pálidos brazos de lesbiana
Encuéntreme sin fuerzas y dormido!

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía
De mi ondulante espíritu disperso
Algo, en la urna diáfana del verso,
Piadosa guardará la Poesía !

¡No moriré del todo ! Cuando herido
Caiga a los golpes del dolor humano,
Ligera tú, del campo entenebrecido
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerte
Que muda aspira la infinita calma
Oigas la voz de todo lo que duerme
Con los ojos abiertos en mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas ;
Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
Se escapará, vibrante, del poeta,
El áureo ritmo de oración secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso advierta que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empañó,
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
Dirás de mi errabunda poesía :
— Era triste, vulgar ; lo que cantaba...
¡ Mas, qué canción tan bella la que oía !

Y porque alzo en tu recuerdo notas
Del coro universal, vívido y almo ;
Y porque brillan lágrimas ignotas
En el amargo cáliz de mi salmo ;

Porque existe la Santa Poesía
Y en ella irradias tú, mientras disperso
Átomo de mi ser esconda el verso,
No moriré del todo, amiga mía !

Cuando el modernismo, en su significación más digna, apareció en las letras de América, la poesía mexicana estaba ya dispuesta al sacudimiento revolucionario. Sin *La Revista Azul*, donde Gutiérrez Nájera y su grupo volcaron sus tesoros y desde donde se asomaron sin miedo a otros mundos de creación artística, no se concibe la aparición de aquella otra revista que mantuvo por muchos años en México y en América el estandarte de las nuevas ideas. Me refiero a la *Revista moderna*, mantenida y estimulada por el alma fervorosa de Jesús Valenzuela, que puso su oro y su ingenio al servicio de una buena causa y que, sin ser un poeta de primer orden, hizo más por el arte mexicano que muchos autores de obras más perfectas y acabadas. En aquel cenáculo comenzó Tablada a destacar su personalidad multiforme de poeta y de artista; allí tuvo Nervo sus iniciaciones reveladoras; allí publicó versos Urbina, y Othón dió gran parte de su obra; porque las prevenciones de aquel grupo reformador cedieron siempre ante el talento sin distinción de escuelas de arte. La acción de prédica coherente y entusiástica de la *Revista moderna* no se limitó a mi patria. España e Hispano-América la saludaron fraternalmente, y el acercamiento intelectual y artístico que provocó entre los países de habla española es mayor que cualquier similar de su tiempo. Poetas y prosistas, hoy consagrados, colaboraron en sus páginas. Vosotros mismos tuvisteis en ella una representación ilustre, y desde aquellas columnas se impusieron, por vez primera, a la admiración mexicana los alejandrinos magníficos de *Las montañas del oro* y los exquisitos sonetos de *Los crepúsculos del jardín*.

Todo lo que entonces significaba un ímpetu de perfección renovadora, fué acogido generosamente por la revista. La obra de Darío no tuvo en América heraldo más animoso, y los nuevos de España y los nuevos de nuestro continente se sintieron unidos en un evangelio común. De todo aquello ha muerto lo que debía morir: las iracundias de los sectarios, explicables como armas contra la incomprensión de la hora; el procedimiento colectivo, que amenazaba con ser escuela y que en el momento cumplía con su misión de fuerza predicadora; lo estrecho, lo sistemático, la intransigencia retórica, más exclusiva y fanática que la que pretendía derribar; los chismes de la ca-

marilla; las pasiones del partidarismo... Pero dura lo que sabéis que dura a pesar de todo: esta corriente que alguna vez parece rebelarse contra lo mismo que la manumitió y le dió impulso y sin lo cual los más atrevidos intentos de novedad estética no habrían pasado de ensueños irrealizables.

La mejor prueba de que el influjo de Gutiérrez Nájera fué benéfico está en la variedad de direcciones adoptada por la poesía mexicana en su desarrollo ulterior. Los poetas que siguieron, continuaron con su propia visión, sin renunciar a su personalidad, sin seguir senda común. La influencia del duque Job no mató ningún carácter, no apagó ningún ímpetu, no torció ninguna tendencia. Dentro de las orientaciones de nuestra raza y de nuestro medio, y bajo la acción bienhechora de una posición espiritual más en consonancia con el arte y con la vida, los poetas siguieron cantando su propia canción. Contemporáneos de la mejor obra de Gutiérrez Nájera fueron el autor de *Lascas*, el de *Poemas rústicos* y del *Florilegio*. Todavía duraba el eco de las *Odas breves* y ya cantaban Rafael López, Arguelles Bringas, Manuel de la Parra, Núñez y Domínguez. El grupo recentísimo, el del malogrado López Velarde, del cual algún día os hablaré porque debéis conocerlo, conservó el culto de la poesía de Gutiérrez Nájera sin la más ligera reminiscencia, antes bien con rasgos individuales inconfundibles. Nada hay de común entre todos ellos, salvo las grandes líneas de un arte sincero, de un sentido humano, de una emoción que perdura al través de las variedades infinitas de los temperamentos.

Por esto ha podido persistir en nuestra poesía renovada el soplo romántico. En Luis G. Urbina tenéis un ejemplo de cómo puede cantar el romanticismo sin perder su abolengo en el arte contemporáneo. Os hablaré algo de Urbina, ya que lo conocísteis, oísteis su canción doliente y melodiosa y escuchásteis su palabra suave, llena de unción, a la vez que viva y penetrante. Urbina es, entre los poetas mexicanos, el que menos ha cambiado con respecto a su tono inicial. Nació y comenzó a cantar tal como es, sin tanteos ni vacilaciones, nos dijo de primer intento su verso musical, su canción doliente. Se situó en el terreno de un sentimentalismo franco, en su recinto de tristeza resignada, sin más tema lírico que su melancolía bañada en lágrimas.

El espíritu de Urbina ha podido acometer, burla burlando y con cierto diletantismo aristocrático, una labor que por su cuantía es más valiosa que la de muchos que, pensando hacer obra de envidia, no saben o no pueden disimular el esfuerzo de su producción literaria. Porque este poeta que no ha dejado de cantar bellas canciones desde su adolescencia, hilvana sin cesar, hace muchos años, crónicas aladas, impresiones teatrales, artículos de fino humorismo que amortiguaron en el público lector de la prensa diaria, el dolor producido por la pérdida del incomparable Duque Job. Ha consagrado serios esfuerzos al periodismo político y ha escrito, en horas de meditación y severo estudio, aquella notable introducción a nuestra *Antología del Centenario*, que ha merecido el aplauso de la crítica extranjera. Por todas estas fases de su talento Urbina merece una consideración seria y detenida. Urbina fué un precoz, y si esto no envuelve para él alabanza ni censura, ya que junto a inteligencias superiores demostradas temprano hay innumerables que se han quedado en los comienzos, y junto a cerebros tardíos cuya labor va marcada con signos de senectud no escasean los retardados de genio, esta precocidad del poeta Urbina da realce a una cualidad suya que no puede pasar inadvertida al hablar del hombre y de la obra. Me refiero a su unidad espiritual que es peculiar suya y casi sin ejemplo en la poesía mexicana.

El libro en que Urbina recogió sus canciones de adolescencia y de primera juventud, nos presenta en toda su bella integridad el alma del poeta. Halló su rumbo desde el primer intento, y sus ojos de predestinado abarcaron, desde sus comienzos, el campo de su emotividad de artista, lo cual produjo el resultado de limitar su esfuerzo posterior a intensificar su sensibilidad poética y a depurar su forma. He aquí por qué, sin ansia de novedad, sin esoterismos recónditos y sin sutilizaciones alambicadas, y con la sola, vieja y fecunda tradición emocional del amor, del dolor, de la vida y de la muerte, construye este poeta una obra que puede servir de ejemplo y edificación. El poeta de *Ingenuas* es el mismo de *Puestas de sol*, aunque éste es más pulido y más hondo; y es el mismo de *Lámparas en agonía*, sólo que éste es más otoñal y más sabio y ha logrado departir con la vida de esas cosas que no se saben sino después de los cuarenta

años. Si hemos de llamarlo romántico, que acepte en buena hora esta muestra de afán clasificador que obedece a un impulso incontenible; pero si éste ha de ser el título que escribamos sobre su labor poética, quédese el orgullo de saber que él es nuestro grande y casi nuestro único poeta romántico, porque nada hay de común entre su poesía y la de los que en la primera mitad del siglo pasado dejaron nada más que un arte informe que sólo por instantes nos conmueve y que da la impresión de lo logrado.

Poeta nostálgico y armonioso llamó a Urbina en comprensivo artículo el dominicano García Godoy, y es verdad que en sus versos flota siempre, sobre el encanto del ritmo, sobre la música delicada y sobre la suavidad sonora, un soplo de tristeza. ¿Nostalgia de qué? De lo imposible y de lo irreparable que son, al decir de France, los dos puntos capitales al rededor de los que gira todo ideal poético. Sólo que esta tristeza de Urbina no se manifiesta en explosiones ruidosas, ni en gritos desgarradores, ni en pesimismo desesperantes, sino que sabe recibir de su alma noble, pudorosa y aristocrática, un toque de serenidad y un tinte de resignación que la transforma en noble melancolía. Ese campo del recuerdo triste y del anhelo imposible lo recorre Urbina como un viajero sabio y doliente para quien son familiares los más ocultos senderos y los lugares más recónditos. Rara vez lleva sus pasos fuera de ese campo que es el suyo: pero, ¡qué bien lo conoce! ¡Cómo nos trae de su maravilloso viaje tesoros de intimidad emocionante y cómo nos obliga, cogidos por la magia de su palabra, a recorrer en nuestra propia vida las mismas sendas y a contemplar los mismos paisajes! Si ese horizonte de la ilusión ya ida, del amor ya muerto, y del anhelo inasequible parece estrecho a quienes gustan que el poeta se espacie por todos los aspectos de la vida, nadie negará, en cambio, que Urbina conoce esos misterios de la emoción que es suya, y que vuelve siempre de su propio corazón cargado de nuevas sensaciones y de nuevas sabidurías...

Nacido a la vida del arte con una de esas facilidades que valen por toda una larga preparación, corrió por ello el natural riesgo de la insipidez literaria. Su buen gusto le libró de caer en ese abismo, y si es verdad que ni en su primera obra carece

de acicalamiento y donosura, su alto espíritu de artista buscó sin cesar formas de perfección, y sus versos fueron cada día urnas mejor cinceladas donde guardar el rico perfume de antaño para delectación de los exquisitos. Esta facilidad del poeta, que en nada afea el conjunto de su producción, es causa, sin embargo, de dos reparos que pudieran ponerse en su tersa labor artística, y aquí los expreso sin escrúpulos porque el autor de una obra ya consagrada tiene derecho a la verdad. El primer reparo es que el poeta diluye a veces su emoción en largas tiradas líricas, y esta abundancia, esta riqueza y esta prodigalidad roban valor a la idea poética e intensidad a la expresión. El segundo reparo, originado por la misma facilidad, es la afición de Urbina por cultivar géneros que no son los suyos y en los que acierta sólo a fuerza de dominar el arte, con la pericia de un maestro. Pero dejando estos reparos minúsculos nadie podrá negar a Urbina el alto sitio que le corresponde entre los poetas modernos de mi patria. Escuchad este poema :

EL RUISEÑOR CANTABA

El ruiseñor cantaba. La noche era divina,
toda cendal de nieve, toda cristal azul;
y en el jardín de plata, la coruscante encina
alzaba entre la sombra su cúpula de luz.

El ruiseñor cantaba. Y en un ambiente estático
dormían las praderas. Cantaba el ruiseñor;
y el viento flébil, alitendido y aromático,
soplaba el adorable cantar de flor en flor.

Y repintó las cumbres la aurora ardiente y flava,
y levantó la alondra su trino matinal,
y abrió su seno el día... y el ruiseñor cantaba
soñando en el nocturno misterio de cristal.

Vino la siesta cálida, la tarde pensativa
vino; la noche negra sus lumbres apagó,
y el ruiseñor cantaba, como si la votiva
lámpara de luna colgase de un crespón.

Estío, otoño, invierno, primavera... y el canto surgía de las verdes entrañas del jardín, alegre o melancólico — ora risa, ora llanto — inacabable y único, magnífico y sin fin.

El ruiseñor se había vuelto loco; se había embriagado de luna, de sueño y de pasión, y cantaba, cantaba!... (Como la poesía que llevo en el oscuro jardín del corazón.)

Nervo es otro aspecto de nuestra lírica. Al decirnos sobre él unas palabras, tendré que repetir conceptos expresados en comentarios míos respecto de su obra, que sabéis de memoria, que se impuso a vuestra estimación durante el corto tiempo que vivió entre vosotros.

Ya sabéis cómo, en pleno triunfo, antes de que « el tiempo aleve hubiese marchitado la gentil corona », Nervo, que llenó su patria con su nombre, que forjó por casi tres lustros en tierra española el ritmo de su verso maravilloso, y que había venido, por último, a modular su santa canción entre sus hermanos de Sud América, dejó este valle de tránsito para entrar en el silencio perdurable y en la paz eterna: destino prócer, porque nos dijo sin reticencias su evangelio de arte y de amor. No dejó la obra trunca de las precocidades malogradas, ni paseó por la existencia la ruina espiritual de una vejez ilustre. Tenía algo que decirnos, y expresó todo su mensaje y solamente su mensaje. Fué su terrenal jornada una lección de vida íntegra en ideal consorcio de pureza y de plenitud.

Genio musical y meliflúo en el que todo se resuelve en melodías, arpa de cristal y oro cuyas cuerdas impalpables se estremecen al soplo de la brisa más leve, la peregrinación de Nervo por la vida fué un prodigioso cántico. Sin vacilaciones y sin impacencias balbuceó los primeros versos de su poema inmortal, y la voz adolescente fué cobrando timbres no escuchados, y los temas fueron adquiriendo cada día más hondura y cada vez mayor gravedad. Cuando el motivo inicial iba a agotarse en su desarrollo sabio y alucinante, cayó la voz y la melodía se prolongó en las almas de los que oían, como una fuga extraña que parece sonar aún desde los reinos de la muerte.

Vió siempre el mundo con los mismos ojos contemplativos y al través del reflejo inevitable de las cosas que pasan, de los mundanos afectos, de las sensaciones efímeras, su mirada seguía el hilo conductor de su visión espiritual, hilo que, como el de Ariadna, supo llevarlo entre las inquietudes y las sombras.

Espíritu selecto si los hay, fino hasta lo inverisímil, delicado hasta llegar a lo noblemente enfermizo, rico de *nuances* como un crepúsculo del valle paterno, despierto y pronto a la emoción más fugitiva, no quiso ser un poeta de excepción. Su exquisitez hablaba, insinuaba o sugería al oído de los hombres el misterio que, con ser él solo en escucharlo, adquiriría virtud propia al transmitirse a cada alma nueva. Por su arte insigne, por su misteriosa alucinación, por su fuerza introspectiva analizadora de sí mismo, llegó al hosco recinto de los herméticos. Por sus matices de sentimentalismo aristocrático, por su dón musical, por su verso en voz baja, por su percepción aguda de las cosas pequeñas de la intimidad amorosa, llegó al corazón de las mujeres. Por su palabra trascendental, por su sinceridad humana, por su limpieza de doctrina y por su unción de iluminado, se hizo oír y se hizo amar de todos los hombres.

En su obra hay un raro ejemplo de purificación. No entenderán esto los que se mueven dentro del artificio eterno de los verbales logogrifos y de las vacuidades sonoras; nada podrán saber de estas cosas los que desconocen el saludable ejercicio de auscultar las palpitaciones de la vida; ignorarán esta actitud solemne los que huyen del símbolo, que es de hoy porque es eterno, para caer en el amaneramiento de un preciosismo muerto hace años para bien y para nobleza del arte. Nervó limpió su pensamiento y lo hizo diáfano; lustró su emoción y la hizo trémula; purificó su verbo y le dió alas para escalar los montes excelsos y descender a la hondura de las simas. Hubo en esto una sinceridad rara, un concepto profundo de la vida y de la belleza, un heroísmo que sólo comprenderán los selectos. Porque renunció a los triunfos fáciles de la embriaguez verbalista y elevó la vida a la altura de su sueño, realizó la síntesis de un arte puro e inmortal. Apagó las voces demasiado precisas de su música externa, y cultivó, ya para siempre, la voz eólica de su polifonía interior.

Dentro de la connotación amplia y acomodaticia de la palabra misticismo, Nervo fué un místico, y si alguna actitud hay sincera y precisa dentro de la vaguedad ondulante de sus poemas, es este misticismo, que en la apreciación de su obra es ya lugar común. Si sus primeras manifestaciones de interrogación al misterio que se roba a nuestras almas, se tildaron de sistemático artificio, fué porque la expresión no había cristalizado aún, ni el espíritu, aferrado a la ortodoxia concreta, había logrado desvanecer las líneas demasiado fuertes de un cuasi ascetismo religioso. La doctrina y el vuelo no corrían parejas en su viaje por el firmamento de la belleza, y en cada ímpetu de las alas, la cuerda resistente del dogma tiraba inexorablemente hasta producir descensos suaves y aun lamentables caídas. ¿Y no existía, acaso, entre el ascetismo fervoroso de aquellos años juveniles y el hedonismo visual, la seducción optimista de la vida, una antinomia absurda?

Rotos los lazos de una disciplina exigente, lograda la fusión de la vida sugerente con el ansia insomne, fusión que prepararon los años rectificadores y consejeros, la poesía de Nervo creció a un tiempo mismo en vaguedad y en perfección, y sin abandonar la tierra de amor, de dolor y de lágrimas, paseó las pupilas por el callado cielo de la noche. Se hizo suavidad, se hizo amor. Son los tiempos fecundos de *Serenidad*.

Más tarde, a fuerza de querer penetrar en el misterio de las cosas, al cabo de tanto soñar y de tanto mirarse el alma, vino el afán de edificar una doctrina, de lanzar al mundo un credo propio. Y el espíritu de Nervo voló, como sedienta golondrina, de la cruz al nirvana, del amor activo a la renunciación absoluta. Un día de tantos, creyó afirmar, y afirmó. *Elevación* comenzó el ciclo que cerró la muerte con *El estanque de los lotos*. Yo saludé la aparición del primero de estos libros con palabras que hoy reproduzco porque la última actitud lírica de Nervo ha sido la más discutida:

«No sería Nervo alma selecta y alto espíritu si no experimentara en sus años de madurez esa codicia de limpieza espiritual, de serenidad prudente, de quietud noble y reposada. El que ha recorrido las sendas de la vida y del arte en pos de lo humano, que suele ser pecaminoso, es raro que no sienta a

su tiempo un ímpetu fecundo de purificación, un ansia de fundir y resolver en una sola actitud decisiva su ideal estético y su problema moral. Limpiar el espíritu y limpiar la palabra. Romper con el ritmo, que a nada conduce; destronar la rima, que nada enseña; abominar de la retórica, que es engaño, y de la técnica, que es vanidad. Dar a quien tiene sed de ideal, no el licor de perfume ponzoñoso elaborado en la alquimia del pecado, sino el agua que calma la sed de una vez para siempre. Hacer de la poesía no deleite, sino enseñanza; no devaneo frívolo, sino contemplación provechosa.

« Como iniciación de disciplina espiritual, no encuentro objeción justificada contra este movimiento del alma; pero como realización estética, se corre, con seguirlo, un grave riesgo: el afán de pulimento, que quita asperezas, que borra manchas y destruye imperfecciones, puede dejar la obra limpia de todo, hasta de poesía. Esa labor de saneamiento, como sucede con ciertos desinfectantes poderosos, mata los gérmenes dañinos, y y a veces también al enfermo.

« A mí no me ha desconcertado, como a muchos, el último libro de Nervo. Libros anteriores prepararon este volumen cuyos orígenes se encuentran en varios poemas de *Serenidad*. Tal vez en *Místicas* están las fuentes lejanas; sólo que en este libro juvenil la realización se halla ausente y se resuelve todo en un artificio que casi siempre encanta, pero nunca convence. Estas filosofías categóricamente afirmativas hechas en verso, por más libres de tutelas retóricas y estéticas que se les suponga, son poco poéticas. Nuestra intuición nos da con frecuencia formas concretas; pero el arte exige, para hacerlas materias poetizable, que se vistan con los ropajes vaporosos de una imprecisión infinita.

« *Murieron* los quién sabe,
callaron los quizá

dice el gran poeta de *Elevación* y eso equivale a decretar la muerte del misterio. Ahora bien, la esfinge, sin enigma, es un monstruo absurdo.

« Las páginas de *Elevación* están impregnadas de un deísmo preciso, cristiano, católico más bien. Quizá la ortodoxia tenga

reparos que poner, y es difícil que un escrupuloso del dogma pueda subscribir la siguiente estrofa :

Siendo quien es el Padre, Fuerza y Gracia infinita;
siendo quien es el Padre, toda eficacia y
potencia, tu alma libre su voluntad limita;
Dios necesita
de tí!

« Pero, haciendo a un lado estas cosas, queda la dificultad, casi insuperable, de realizar belleza con esos elementos de fe, de esperanza, de caridad, en forma de insinuación amable, de consejo piadoso, de amorosa doctrina. Son flamas de amor vivo y no preceptos las estrofas de San Juan de la Cruz; son lágrimas de sangre y no consejos las contriciones de Verlaine.

« Y he aquí que salvando escollos, salvando riesgos y apartando obstáculos, Nervo nos da, a pesar de todo, en *Elevación*, un libro bello, y es que el poeta de verdad tiene un talismán para todo. Este gran conocedor del *métier* quiere arrojarlo a un rincón como trasto viejo; este versificador armonioso quiere forjar estrofas balbucientes; este poseedor de un gran sentido musical quiere poner mordaza a la melodía; este adorador del ritmo sutil y milagroso intenta derribar los altares de su culto... Y es natural que ni el *métier* desaparezca, ni el verso vacile, ni la melodía calle, ni desfallezca el ritmo. Un alto sentido estético sintetiza y simplifica, y de los cuadros sin contornos de Carrière o de los bocetos de Rodin, surge triunfadora la belleza.

« No comparemos este libro con otros de Nervo. La personalidad es la misma pero el instante es diverso. Es difícil repetir estados emocionales. A menos que la vida se transforme en una « pose » eterna, la obra surge de la hora que pasa. Por eso nada es definitivo. Por eso no podemos repetir con el poeta :

Murieron los quién sabe,
callaron los quizá.

« Nuestra incertidumbre no acaba ni es bien que acabe nunca.

« En un remanso de la existencia, el poeta de *Éxodo* y *Las flores del camino*, ha experimentado una calma que él juzga duradera y que nos vierte en poemas de fe, de amor y de esperan-

za. La felicidad es contagiosa y nos la comunica. He aquí las frases que terminan el volumen : « Lector : Este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa : elevar tu espíritu. Dichoso yo si lo he conseguido ! »

« Y nosotros, cogidos un instante por la magia del artista, agradecemos el presente y tornamos, al cerrar el libro, a nuestras viejas inquietudes. »

La delicada sensibilidad de mi amigo adivinó un reproche en mi homenaje, y entonces comenzó una labor epistolar de auto-defensa en el dulce tomo insinuante y persuasivo que empleaba en sus relaciones íntimas. « Mi libro — me decía en una de sus cartas — no tiene otra misión que consolar. Sé de muchas almas que han recobrado paz con su lectura... »

Más tarde, en su última visita a nuestra patria, en alguno de aquellos festivos cariñosos con que México lo agasajó, recordó el incidente, y vuelto a mí, en voz confidencial, me murmuró al oído : ¿ No es verdad que la vida es una serie de afirmaciones, más bien dicho, una afirmación suprema ? »

Hoy que lo veo ungido con la augusta majestad de la muerte, seguro en lo que presintió, absorto en su final creencia, hoy que como Núñez en el hondo poema de Darío,

halló al pie de la Sacra Vencedora
el helado cadáver de la Esfinge,

pienso que acaso era él, sólo él quien tenía razón.

Os leeré dos poemas suyos : el uno, característico de su última actitud; el otro, que es un misterioso presentimiento :

EN PAZ

Artifex vitae, artifex sui.

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos ni pena inmerecida ;

Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino ;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas :
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno ;
¡ mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno !

Hallé, sin duda, largas las noches de mis penas ;
mas no me prometiste tú solo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡ Vida, nada me debes ! ¡ Vida estamos en paz !

EXPECTACIÓN

Siento que algo solemne va a llegar en mi vida.
¿ Es acaso la muerte ? ¿ Por ventura el amor ?
Palidece mi rostro... Mi alma está conmovida,
y sacude mis miembros un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro,
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo
todo trémulo ; mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo.
Mientras yo, de rodillas, oro, espero y me callo,
para oír la palabra que el *abismo* dirá...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.